



Eso de la penetracion marroquí cada cual lo entiende á su manera

SI YO FUERA RICO...

Rara es la persona que no haya pronunciado estas palabras alguna vez, añadiéndolas como guion una serie interminable de planes y proyectos, algunos laudables, la inmensa mayoría desca- bellados y reprecensibles.

Los sueños de riqueza toman diversas formas, según la edad, costumbres, vicios, pasiones ó educación de las personas. En lo que unos cifran su felicidad, otros encuentran una majadería insu- rrible; por eso los que están en posesión de la riqueza la disfrutan de un modo tan variado y diverso que apenas encontraremos dos ricos que hagan el mismo uso de sus bienes.

He observado que la gente que no tiene dos pe- setas, ni las ha tenido nunca, cuando se les pre- gunta cuánto necesitarían para ser ricos, como desconocen el valor real del dinero, señalan cifras fabulosas y fantásticas. Es muy general oír decir á los desarrapados: «Si yo tuviera veinte mil duros diarios de renta...», ignorando el cuidado que con mil duros al año, dada su actual posición, resulta- ría un Crespo.

Si las personas fueran francas é ingenuas sería curiosísimo saber lo que harían si fueran ricas ó en qué consiste para ellas la riqueza. Cuando yo era colegial lo más violento y repulsivo para mí era limpiarme las botas. Me gustaría ser rico —solía decir— para que me limpiaran las botas. Y después, cuando salí del colegio y tenía quien

me las limpiara, jamás lo consentí, y aun el día de hoy nunca he utilizado los servicios de un lim- piabotas, y ni criados, ni en viajes, ni en fondas, ni hoteles jamás mano ajena ha limpiado mi calza- do. ¡Y esto era mi ideal de riqueza á los catorce años!

Infinitos seres, los que caminan por la vida for- mando rebaño, ansían la riqueza para tener pala- cios, coches, caballos, automóviles, vestidos lujos- os, mujeres hermosas, criados, etc., no reparando que existen innumerables ricos que no tienen nin- guna de estas cosas y que están muy lejos de ci- rar en ellas el goce de sus riquezas.

Es muy natural y lógico desear la satisfacción de apetitos no saciados y la posesión de cosas nunca disfrutadas; por eso sueña con sensatez el que no habiendo salido nunca de un villorrio an- hela recorrer el mundo, y el que á duras penas se puede hartar de mendrugos se deja arrullar por ansiados banquetes á lo Lúculo. Por eso dice el refrán: «Quien tiene hambre con pan sueña». El libertino desea la riqueza para embriagarse de amor, el vanidoso para cubrirse de galas y excitar la envidia, el bebedor para saturarse de alcohol y poseer bodegas maravillosas, el avaro para revol- carse en el oro oculto, el gastrónomo para no dar paz al estómago, el perezoso para no mover un pie. Lo raro es que nadie desea ser rico para go- zar de medios con que ilustrarse, para limpiar lá- grimas y borrar infortunios, para hacer algo grande y digno, algo que la Humanidad pue- da escribir orgullosa en sus anales. En las quimeras de la riqueza siempre flota la idea mezquina del yo desvaneciendo la silueta del prójimo; el que desea ser rico piensa sólo en él, prescindiendo en absoluto de los demás hombres, lo que demuestra que en todo an- helo de riqueza sólo anida un refinado egoís- mo. Si los corazones todos fueran altruistas la riqueza tendría muy pocos adoradores.

He conocido tipos muy curiosos de ricos dignos de mención por el uso que hacían de sus riquezas. Unos debían la fortuna á la casualidad, otros á la herencia, otros al éxito en los negocios y algunos al crimen.

Por las Ramblas se pasea un señor que posee dos millones; paga *setenta y cinco pesetas* de hospedaje al mes, toma café sólo los jueves y cada traje ha de durarle un año. No tiene hijos, ni parientes y no ha visto un teatro en su vida, ni ha viajado más que has- ta Moncada.

Por las tiendas de aparatos fotográficos anda una señora joven y guapa, vestida con sencillez, con *diecinueve mil duros* de renta anuales, que sólo emplea en comprar estereoscopos; es soltera y huye de los hom- bres como de la peste.

En Madrid conocí á una criada á quien un amo dejó heredera de tres casas magníficas y una renta de *siete mil duros* anuales; aquella mujer tenía agente de Bolsa, admi- nistrador, abogado, escribientes; pero si- guió sirviendo toda su vida. Muchos domi- gos la veía subir sofocada por la calle de Alcalá porque eran cerca de las ocho y toda- vía tenía que hacer la cena para sus señores. La última casa en que la conocí sirviendo



—Conque ¿te resuelves á venir á mi casa de sir- viente, sí ó no?

—Yo sí quería; pero como dicen por ahí que son ustedes tan atrevidos...

Fiesta mayor de Sliges



Inauguración de la estatua del doctor Robert

era de un modesto empleado de diez mil reales; ganaba en ella tres duros al mes. ¡Cuán ajeno estaba el oficinista de que le fregaba los platos una millonaria!

Dirá alguien al leer esto que estos tipos son figuras de avaros, de maniáticos. No; eran ricos que se consideraban felices con hacer lo que hacían y no apetecían más.

En América conocí yo un señor que había cometido en Europa un horrendo crimen para ser rico; lo llegó á ser, y aquel hombre no hacía más uso de sus riquezas que ponerse cada día un chaleco blanco distinto y rizarse el pelo dos veces por semana. El resto de su vida en nada discrepaba del más modesto obrero.

Por eso concibo muy bien la respuesta de aquel zagal andaluz á quien preguntaron qué haría si tuviera los millones de los Larios de Málaga:

— Pues jartarme de pan—contestó.

Y como las miras de la mayoría de los que persiguen la riqueza no suelen ser más amplias que las del zagal andaluz no debemos extrañarnos que la Fortuna se muestre tan esquiva.

Eso sin contar que personas que hoy son buenas ó medianas se convertirían en unos grandísimos canalías el día que sus bolsillos se llenaran de oro.

¿Será esta la clave de muchas miserias y pobreza?...

FRAY GERUNDIO.

EL PLEITO DE LOS "GARNETS"

La espada de Themis ha salido de su vaina; la balanza de Astrea está desnivelada como la de cualquier tendero poco aprensivo; el derecho ha sido conculcado y hay que restablecer su imperio..

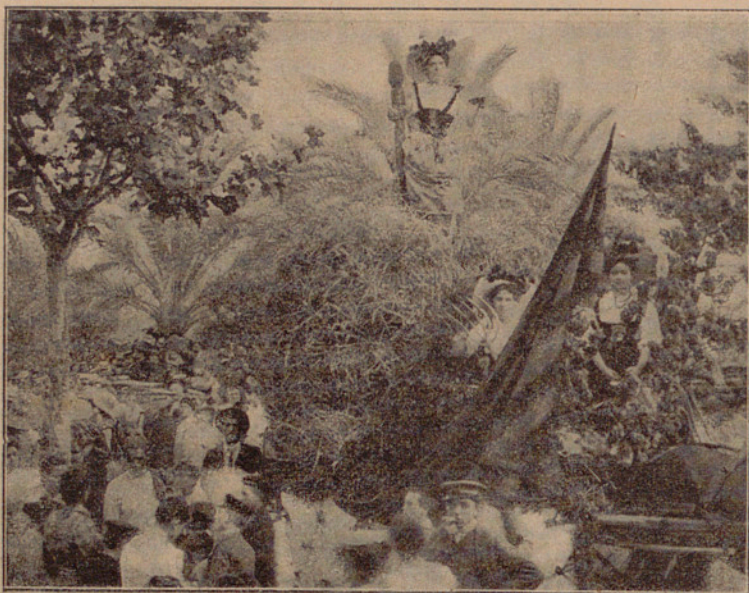
Estas apreciaciones no son precisamente mías, aun cuando no vacilo en suscribirlas; son de los

poseedores de *carnets* de abono de la Exposición de Bellas Artes, ó de «Malas Artes», como dicen indignados los aludidos poseedores.

¡Caiga la desenvainada espada sobre la cabeza de Pirozzini! Aun cuando es posible que le haga tanta *pupa* como si fuera la propia de Bernardo.

Expongamos los hechos con toda precisión para

Fiesta mayor de Sifges



“La Siega” carro alegórico que figuró en la cabalgata.

que nuestro alegato se afirme sobre bases sólidas. Al anunciarse la apertura de la Exposición de Bellas Artes oficialmente se pusieron á la venta unos *carnets* de abono con derecho á libre entrada personal é intransferible, al recinto de la Exposición y á todos los actos y fiestas que en él se celebrasen.

Ahora se prorroga la Exposición y, al prorrogarla, se declara que los *carnets* de abono quedan caducados y sin valor desde la fecha en que el Certamen debió ser clausurado.

Tal es el caso, el inaudito caso.

Cierto que los *carnets* resultaban muy baratos; pero... para lo que hay que ver!

Además, si los pusieron á bajo precio en cambio se vendieron muchos, y váyase lo uno por lo otro.

Los más eminentes juriconsultos, incluso Borrrell y Sol y Pinilla, estamos acordes en que lo accesorio sí que á lo principal. Aquí lo principal era la Exposición, lo accesorio los *carnets*; aquélla se prorroga, pues éstos quedan ó deben quedar prorrogados.

Véase la fuerza del razonamiento invirtiendo, en cierto modo, el caso. Los cuadros y estatuas fueron enviados á una Exposición que había de durar de tal á cual fecha; se prorroga la Exposición; pero ¿qué sucedería si los expositores retirasen sus obras? Sucedería que no habría prórroga, ni Exposición, ni otra cosa que las corbatas de Pirozzini.

Los amantes del derecho y el derecho de los amantes han padecido enormemente con la invalidación de los *carnets*. Quizá ello traiga como primera y funesta consecuencia la disminución del número de matrimonios y hasta ¿quién sabe! quizá el de los nacimientos.

A eso íbamos allí los más de los abonados: á amar la belleza en todas sus manifestaciones: en el mármol, en el lienzo y en la carne.

Además al «templo del Arte» acudían también, provistos de un *carnet* de abono, muchos sacerdo-

tes que si pudieron ir á admirar el arte cristiano que no hay—no va á resultarles muy propio el haber de hacerse ahora *paganos*.

Los clamores airados de cinco mil abonados á la Exposición habrían ya llegado al cielo de no encontrarnos en época poco propicia para sotocarse. El anuncio abriendo el abono era un contrato bilateral entre el Ayuntamiento anunciador y el público que adquiría los abonos en las condiciones anunciadas. Por diez pesetas se adquiría, según los anuncios, el derecho de asistir á todas las fiestas que en la Exposición se celebraran, luego... ó no hay más fiestas ó nadie puede declarar caducado el derecho adquirido á título oneroso.

Me parece que el propio Forgas no discurriría con mayor claridad y lógica.

En nombre, pues, del derecho, del amor y de la religión, apelamos del acuerdo.

Y ¡temble el Ayunta-

miento!; si los abonados le ponemos pleito, lo ganaremos.

Entre otras razones, porque el Ayuntamiento no gana ninguno.

Aun cuando tiene los mejores abogados, y quizá por tenerlos.

JERÓNIMO PATUROT,
con el *carnet* mojado



General Drude, jefe de las tropas francesas que operan en Casablanca

Fiesta mayor de Sítges



Carro alegórico titulado "La vendimia"

INTERVIU DE ACTUALIDAD

Como se dice que Fuentes se va á cortar la coleta y este es asunto muy grave que á todos nos interesa

y podría costar una complicacion europea, me puse de tiros largos, quiero decir de etiqueta,

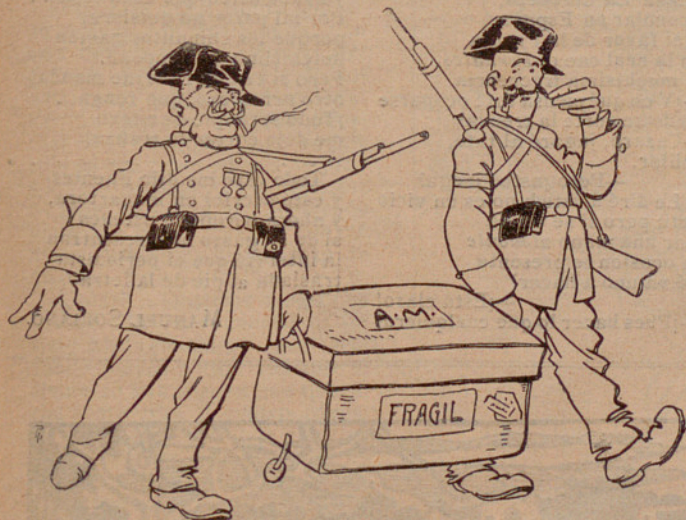
luciendo un terno precioso color de lechuga seca y un sombrerito de paja que me cuesta tres pesetas, y me fuí á casa del diestro con la intencion noble y recta de saber si eran verídicas las noticias de la Prensa relativas á que Fuentes piense cortarse la trenza.

Llegué á casa del espada, y, una vez en su presencia, le saludé cortesmente y le hablé de esta manera:

—Vengo en nombre de EL DILU-
á preguntar si son ciertas [vio
las noticias que circulan
respecto de su coleta;
dicen que usted se la corta
y el anuncio nos aterrará,
porque, si adopta usted una
resolucion tan extrema,
de fijo que para siempre
muere la clásica fiesta,
lo cual sería un desastre
de terribles consecuencias.
Medité usted con cachaza
antes de que se resuelva;
pues, de lo contrario, el arte
del Chiclanero y Cacheta
no volverá, ciertamente,
á tener quien lo sostenga.

—Pues sí, señor; me la corto.
—¡Cielos!

—Es cosa resuelta.



De este modo el Presidente por toda Europa ha viajado tranquilo, cómodamente, sin gastar y vigilado.

Fiesta mayor de Sitges



Carro alegórico representando la industria catalana

—¿Y qué dirán, al saberlo las naciones extranjeras?

—¿Qué quiere usted, amigo mío? La familia lo desea

y es una cosa muy justa que yo quiera complacerla.

—¿Conque tiene usted familia?

—Sí, señor.

—Enhorabuena.

—Me canso de tanto viaje y de andar de *Ceca en Meca* y siempre expuesto á que un toro me zumbe la pandereta. Además, hoy mi fortuna me permite...

—¡Ah, ya! usted cuenta.

—Sobre poco más ó menos con un millón de pesetas en pasta, que, administrado con tino, dará una renta que me asegure el cocido, si el *Pernales* no se empeña en lo contrario.

—¡Demonio!

—Que es muy fácil que suceda.

—¿Y tiene usted fincas?

—Varias:

dos casas, una dehesa, un olivar, dos cortijos, un hotelito en la sierra y, además de esto, una finca llamada *La Coronela*, ya popular en España por el favor de la Prensa y en la cual cae el *Pernales* con muchísima frecuencia.

—¿Y en qué piensa usted ocuparse cuando se corte la trenza?

—Cazaré, jugaré al tute, al billar.

—Pero ¿usted juega?

—Le diré á usted; no es un vicio en mí; pero si se tercia echar una mano al *monte* y la ocasión se presenta ¿qué va uno á hacer?

—¡Está claro!

—¡Pues hacer lo que cualquiera!

—¿Tiene usted hijos?

—Hasta ahora tan solo un chicuelo.

—¿Y piensa usted tener más?

—¡Hombre, hombre!...

Por lo que de mí depende... ya sabe usted que esas cosas... Por mi parte no quisiera, porque los chiquillos gastan muchísimo y estropean. Pero si es que Dios me manda otro arrapiezo, que venga... ¡Todo será que de nuevo me deje cortar la trenza!

Todo esto me dijo Fuentes y esto escribí en mi cartera, y ahora perdonen ustedes si de su gusto no encuentran la interviú que el periodista traslada al pie de la letra.

MANUEL SORIANO.



POR ESAS PLAYAS...

BAILANDO COTILLONES

Huyendo de Careaga y de las latas hispano-marroquíes que á todas horas me daba un señor de legado regio de Instrucción pública que era, indudablemente el posma de mayor cuantía que albergaba el Sardinero, escapé de aquella playa pintoresca y vine á parar aquí.

Solares .. Establecimiento termal de primer orden. — Aguas medicinales casi milagrosas, ferruginosas, nitrogenadas y astringentes. — Está mago, bazo, riñones, respiratorias, garganta, nariz, oído... y otras muchas propiedades que enumeran los prospectos. Tres ó cuatro hoteles, un pabellón de Casino con los indispensables caballitos y 750 pesetas diarias, todo comprendido, á excepción de los caballitos, las bandejas de beneficencia, las suscripciones y otras zarrandajas.

Personal veraniego: muy parecido al del Sardinero, aun cuando un poquitin más cursi.

Los hombres, por lo general, llevan panamás sofisticados y, con el pretexto de la comodidad, *caki* á todas horas; indumentaria de una baratura inverosímil. ¡Cuatro duros el terno en El Águila! Las mujeres trajecitos blancos y vaporosos, con lazos multicolores. Así, gastando un piquillo en lavado y planchado y teniendo un buen surtido de lacitos, con dos trajes se luce la mar y parece que todos los días se estrena algo.

Figuras salientes de la colonia veraniega: dos diputados, media docena de militares de alta graduación, algunos marinos con licencia para tomar aguas, un subsecretario, el señor Silió y el señor Redonet.

Esta, esta es la figura que todo lo llena y el apellido que con más énfasis pronuncia el encargado del hotel: ¡El señor Redonet!, como quien no dice nada. En los tiempos que corremos, casi es de extrañar que no nos cobren una peseta diaria de *plus* á los seres vulgares que tenemos á diario la honra de sentarnos junto á la misma mesa en que come un tan cercano pariente de Maura.

¿Come? .. Digamos mejor que devora. Yo no recuerdo haber visto jamás fenómeno igual tragando huevos fritos. Durante el almuerzo hay días en que despacha hasta tres y cuatro pares. Envuelve la yema y la clara en un pedazo de pan y ¡zas! un huevo, ¡zas! otro huevo y ¡otro! y no cesa hasta que el camarero, que es de Lugo, le dice con cariñosa y servil entonación gallega:

— *Sinor, que non le vayan á hacer dañu!...*

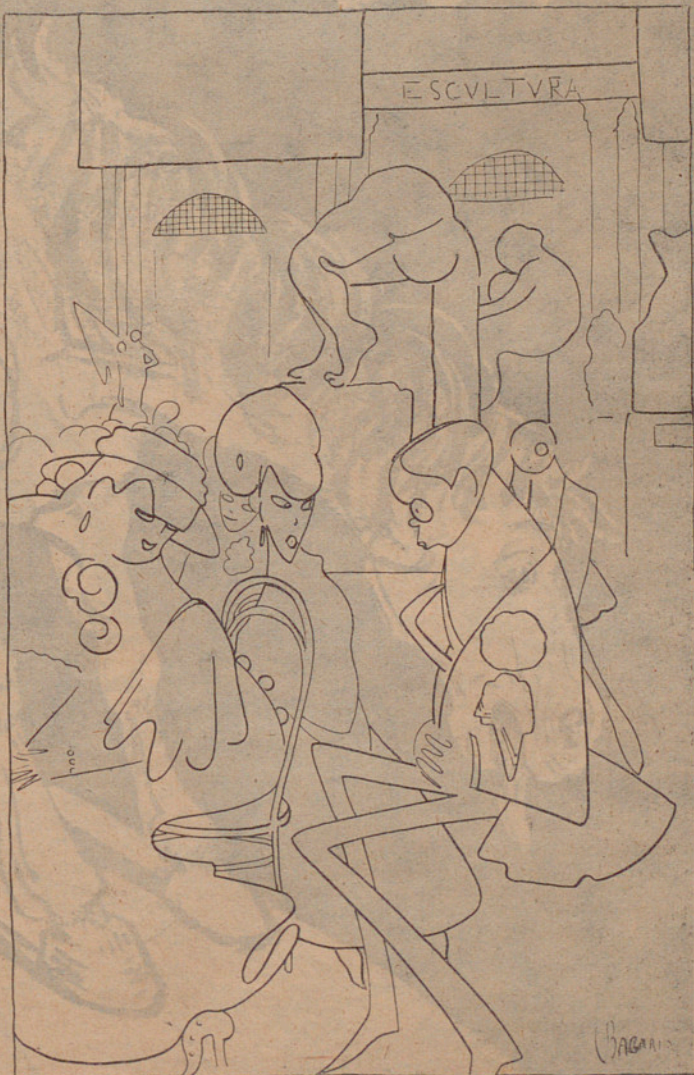
Entonces medita un instante, hace seña de que le aparten la fuente de los huevos fritos, para no caer en tentaciones, y pide el plato que sigue.

¡No es nadie tragando huevos el señor de Redonet! ¡Angelito! .. ¡Si parece que le haya hecho la boca el propio don Antonio Maura!

Físicamente no darían ustedes dos pesetas por el señor Redonet, como no fuese para utilizar su grasa con fines industriales. Yo extraño que Maura, tan devoto de la estética, haya admitido á semejante persona en el seno de la familia.

En el trato no es antipático del todo. Algo se le ha subido el parentesco á la cabeza; pero es el menos cargante de los Mauras, salvo la honrosa

En la Exposición



— ¡Qué lástima que se nos acabe este pretexto! ¿Verdad, Pepito?

— ¡Ay, sí! Bien podrían organizar otra enseguida, aunque fuera sin esculturas y sin cuadros.



LA ETERLUCHA



Montero.—¡Don Antonio, me deja usted asombrado! ¿Ha estado usted en París y no hemos perdido ninguna colonia? ¡Le juro á usted que me parece mentira!

Maura.—¡Oh, don Eugenio! ¡Quién sabe lo que saldrá de mi viaje!

excepcion del Maura grabador, excelente persona que no tiene la culpa de que su hermano Antonio le haya salido como ha salido.

El otro día amaneció soliviantada la colonia ve raniega. El patio del hotel parecía un gallinero revuelto. Las chicas iban y venían, las mamás cabildeaban formando corrillos, los hombres jóvenes apuntaban apellidos en listas que corrían despues de mano en mano y en el salon algunos camareros estaban atareadísimos colgando del techo farolitos de colores.

El señor Redonet, sentado en un sillón, recibía en corte y resolvía las consultas que acudían á

formularle los jóvenes de uno y otro sexo.

Se estaba organizando el sexto cotillon de la temporada.

Un cotillon en estos balnearios produce efectos análogos á la aparicion de una tintorera en nuestras modestas y sencillas playas de Casa-Antunez y la Barce loneta. Lo revuelve todo.

Las niñas asedian á las mamás pidiéndolas cintajos y peinetas para completar el tocado, las mamás de las niñas que tienen páspas no cesan de hostilizar á sus cónyuges hasta que logran satisfacer la caprichosa vanidad de sus retoños, los organizadores persiguen á los muchachos tímidos, procurando endosarles como parejas á las chicas feas, y el pianista del hotel, cuaderno en mano, persigue á todo el mundo para la suscripcion, con cuyo producto han de costearse los gastos, procurando quede algun piquillo para el artista.

Llegó la hora y comenzó el baile. El señor Redonet nos reservaba una sorpresa. El tambien formaba parte de la cuadrilla. Sí; á pesar de su abdomen, de sus añitos, de su representacion par lamentaria y de su parentesco con Maura, Redonet iba á bailar.

Y comenzó el cotillon, y entre el regocijo general comenzaron las payasadas que el subsecretario Silió había combinado al formar los cuadros.

A las primeras de cambio le pusieron al señor Redonet un fenomenal gorro de dormir, y con tan extravagante adorno tuvo que exhibirse por la sala.

Despues le obligaron á hacer soplando un flam de harina, despues á reventar un globo

con la nariz, arrodillarse en el suelo y colocarse una camisa de mujer, y desde las diez de la noche hasta las dos de la madrugada no tuvo tregua el bueno de Redonet, quien parecía muy complacido por el importante papel que desempeñaba.

—¡Qué hombre más sociable!—decían encantadas las señoras.

—¡Si le viera don Antonio!—debía murmurar socarronamente para su coleteo el ático Silió.

Yo doy por muy bien empleados los reales que la broma me ha costado y no ceso de preguntarle al pianista cuándo se baila otro cotillon.

¡Me divierte mucho el señor de Redonet!
Solares, Agosto.

TRIBOULET.

UN CRIMEN CIENTÍFICO.

¿Habeis leído las extraordinarias narraciones de Barbey d'Aurevilly? La misma áspera impresion que produce su lectura experimenté la noche que oí narrar lo siguiente:

—Soy responsable de la muerte de un hombre; acaso soy un asesino, y, sin embargo, mi crimen

es de tal naturaleza que cuando lo recuerdo la conciencia nada me reprocha. He aquí cómo sucedió el hecho:

En Noviembre de 189. . recibí el nombramiento de preparador de la Facultad de Medicina de D... é inmediatamente me puse en marcha á fin de ocu

par cuanto antes mi nuevo destino. Los que han visitado esa pequeña ciudad no habrán olvidado, sin duda, la antigua Facultad instalada en un edificio vetusto y melancólico al que un jardín inculto y mezquino da aún más aspecto de ruina y abandono.

Desde el primer día de mi llegada me instalé en el laboratorio e inicié sin pérdida de tiempo mis trabajos científicos. Como en esa época me hallaba entregado al estudio de algunos de esos extraordinarios ejemplares de la familia de las «solanáceas», sobre cuyas virtudes mágicas se han tejido tantas leyendas, mi nombramiento me dió oportunidad para proseguir mis investigaciones acerca de la acción que la mandrágora, la belladona y el estramonio ó hierba del diablo ejercen sobre la fisiología animal.

El ayudante del laboratorio era un joven de origen polaco que pocos meses antes se había establecido en el país. Rigo era un sér extraño, concentrado y adusto; su cabeza pequeñita se balanceaba sin cesar sobre los hombros demasiado oblicuos; miraba vagamente y un tic nervioso le plegaba de continuo el lado izquierdo del rostro; generalmente permanecía silencioso y absorto.

Al principio creí enténdermelas con un alcoholista por ciertas anomalías que advertí en él. Llegaba á veces con andar vacilante, le temblaban las manos, hablaba entonces con volubilidad y solía adormecerse sobre el microscopio con sueño febril; otras veces se agitaba como si se hallase bajo la acción de un poderoso excitante y entonces solía hacer destrozos en el laboratorio.

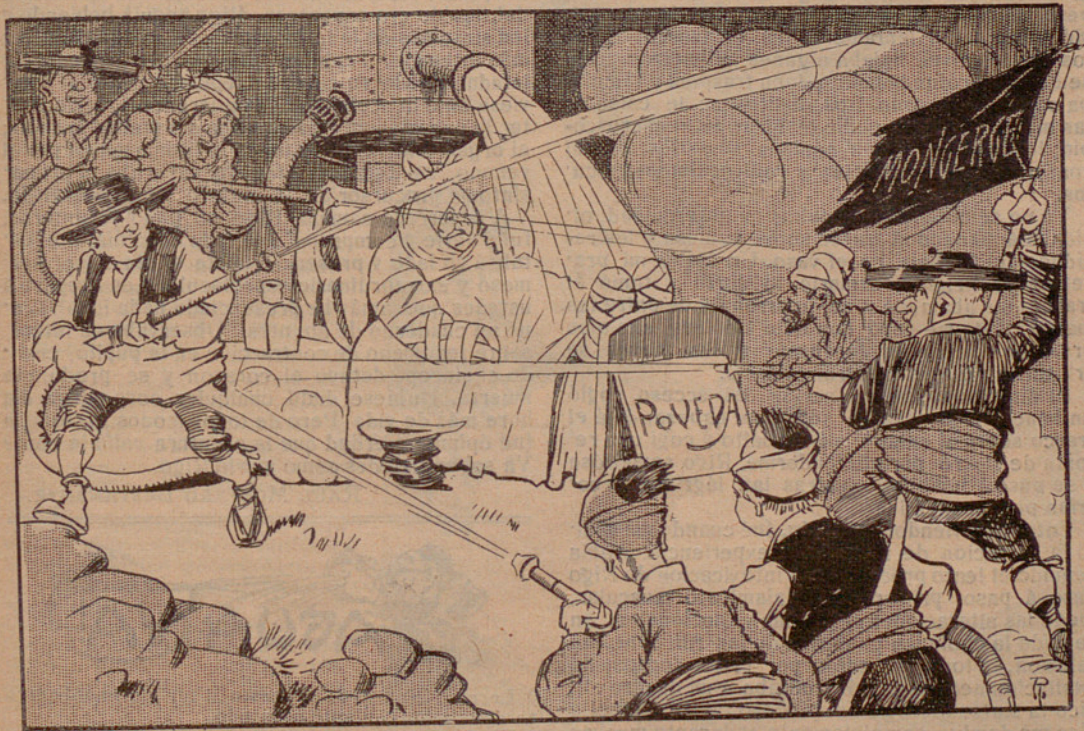
Una tarde sorprendí su secreto. Me había retrasado y cuando llegué á la Facultad el reloj daba las tres. Rigo debía estar ya en el laboratorio.

Crucé de prisa el patio y llegué hasta la puerta sin que mi compañero advirtiese mi presencia. Estaba de pie junto á la ventana y en ese instante apuraba un vaso lleno de líquido verdoso; sobre la mesa, el frasco destapado de la solución de belladona denunciaba al dipsómano. Me retiré en puntillas y volví poco despues; Rigo había colocado el frasco en su sitio y trabajaba con el microscopio; me saludó apenas y luego cayó en un sueño agitado y febril.

Desde el primer momento, á pesar del sentimiento de compasión que me inspiró el desgraciado, se apoderó de mí una perversa curiosidad. La suerte me deparaba un elemento imprevisto para mis investigaciones y desde entonces me decidí á observar al enfermo. Día por día comprobé el avance del mal; llegaba con paso incierto, tropezando con los brazos extendidos para no caer, casi no hablaba y se dormía más á menudo. Se excitaba fácilmente y movía los brazos y las piernas como los atacados por el mal de San Vito. Un día rompió el microscopio de un puñetazo; le amonesté severamente; me miró con expresión de profundo abatimiento y se le saltaron las lágrimas. Sentí que el corazón se me oprimía de lástima, le estreché la mano y saí del laboratorio. Volví á la tarde; se había marchado; sobre la mesa estaba el frasco de la belladona. La coloqué en su sitio y escondí la llave del armario Rigo debió notarlo porque al día siguiente estaba turbado y rehuía mi mirada. Creo que durante diez días no bebió; pero varias veces le sorprendí devorando el frasco con los ojos á través de la vidriera; debía sentir impulsos vehementes porque me miraba con angustia, como un niño que implora.

Me sentía lleno de compasión ante aquellos ojos

¡Agua val!



Por unas plumas de agua
se matan como enemigos.

Si por el agua se matan,
¿qué no harían por el vino?



- ¡Ahí le tendremos hasta que se pudra!
 —¿Es el Pernal, quizás?
 —¡Qué Pernal! Es un periodista que se ha atrevido á decir lo que pensaba.

que me miraban con inmensa tristeza. A los quin-
 ce días me declaré vencido y coloqué la llave en
 la cerradura. Cuando Rigo la vió se ruborizó,
 pero me miró con reconocimiento. El líquido vol-
 vió á descender lentamente en el frasco; todos
 los días el nivel bajaba algunos milímetros. Rigo
 se dormía profundamente, daba traspies y tembla-
 ba como un azogado. Los objetos se le caían de
 las manos y ya no podía trabajar en el microscopio;
 le encargué de los análisis sencillos; mas él
 confundía las sustancias y equivocaba los cálcu-
 los.

Ya no se cuidaba de ocultar su enfermedad; ol-
 vidaba á menudo el frasco sobre la mesa y los re-
 siduos del brebaje en el vaso. Un día en mi pre-
 sencia se dirigió al armario, lo abrió y tomó el
 frasco; me abalancé y se lo arrebaté de entre las
 manos. Rigo me miró con odio y cólera, sus ojos
 brillaron con fulgor insensato y sus manos se
 crisparon prontas á estrangularme.

El dipsómano, bajo la acción del acceso, cogió
 un banco y lo levantó sobre mi cabeza; dejó el
 frasco sobre el estante, dió un salto y cogí una re-
 torta de hierro para defenderme. Rigo sometióse
 y se puso á temblar, mientras las lágrimas le cor-
 rían por las mejillas.

Entonces, viéndole perdido, fué cuando me asal-
 tó la tentación de realizar la experiencia. Había
 seguido el lento proceso de la intoxicación de Rigo
 paso á paso; primero el relajamiento muscular,
 luego las alteraciones orgánicas y funcionales, en
 seguida la abolición paulatina de las funciones de
 relación, y todo precedido por crisis fugaces de
 exaltación nerviosa. Sólo faltaba á mi cuadro clí-
 nico la sintomatología del proceso final. Aquella
 idea me dominó completamente y durante muchas
 noches me quitó el sueño. Sentía cierta voluptuo-
 sidad al pensar en el peligro.

Una noche me decidí; al día siguiente comenzó
 el experimento. Al principio tué un gramo, luego
 dos, tres, diez; al finalizar la semana la saturación
 del líquido era espantosa. Rigo seguía bebiendo y
 los síntomas de la intoxicación se hacían cada vez
 más intensos. Tenía las pupilas horriblemente di-
 latadas y todo su cuerpo trepidaba como si estu-
 viese bajo la acción del gas hilarante. Quería ago-
 tar la experiencia y aumentaba sin piedad la dosis;
 el organismo, invadido hasta la última célula por el
 veneno, se defendía aún; yo esperaba el primer
 síntoma precursor de la muerte para detenerme.

A la tercera semana Rigo no pudo levantarse;
 fuí á verle y comprendí que todo concluía. Me ins-
 talé á su lado y presencié hasta el fin aquel her-
 moso y extraordinario espectáculo. Les aseguro á
 ustedes que jamás he presenciado nada igual. Lle-
 né un cuaderno de apuntes. Observaba un intere-
 sante fenómeno de contracción en la pupila, cuan-
 do el síncope detuvo el corazón y se produjo la
 muerte. Hubiese dado cualquier cosa por media
 hora más de vida. Pero de todos modos la cosecha
 fué ópima. ¿Verdad que la aventura valía la pena?
 Ya saben ustedes cómo murió Rigo.

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE.



—Lerroux ha estado expuesto á ser víctima de otro
 terrible y horripilante atentado.

El golpe (porque, según parece, se trataba de un
 golpe) se llevaba con tanto misterio que nadie se
 hubiera enterado de lo que se proyectaba á no ser

por una carta de felicitacion que los concejales lerrouxistas han dirigido á su jefe.

Nosotros no hemos puesto nuestra firma en la dicha carta porque, por fortuna, no somos ni concejales ni lerrouxistas; pero creemos innecesario decir que tambien nos alegramos de que Lerroux haya salido sano y salvo de la frustrada agresion.

Así podremos decirle
parodiando al gran satírico:
*celebramos que esté bueno
hombre que nunca lo ha sido.*

Una cosa nos ha extrañado al leer la carta de felicitacion de la minoría lerrouxista: no ver en ella la firma de Pinilla.

¡Cielos, qué duda! ¿Habrá cambiado otra vez Pinilla de partido?

Y, en caso afirmativo, ¿sobre quién habrá caído?

¿Estará con Romanones?
¿Secundará á don Eugenio?
¿Será el último maurista?
¿Habrá tenido el acierto
de irse con Muley Hafid
para ser algo en Marruecos?
Que todo puede temerse
de estos jóvenes traviesos
que fundan los ideales
en no perder el puchero.

Recordarán nuestros lectores que hace algunos días la Comision de atraccion de forasteros presentó á la aprobacion del Consistorio un dictamen proponiendo la creacion de una plaza de *cicerone* municipal, que debía ser adjudicada por concurso entre los empleados del Ayuntamiento.

Aunque la nueva plaza no estará retribuída más que con 500 pesetas anuales en concepto de gratificacion, son muchos los empleados que hacen gestiones para pesarla.

Alguno hay que para probar que sirve para *cicerone* ha pedido el cargo y la gratificacion en siete idiomas.

Maliciosos hay que sospechan que si el mismo Pico de la Mirandola resucitase y tuviera padriños que le metieran en el Ayuntamiento y, una vez dentro, aspirara á que le nombrasen *cicerone*, su solicitud sería desatendida, porque la Comision que ha de resolver no ha pensado, como los candidatos creen, en buscar un hombre para una plaza, sino que, siguiendo un sistema que está ahora de moda en el Municipio, ha buscado una plaza nueva para ayudar á un hombre viejo.

A no existir este pequeño inconveniente nosotros nos atreveríamos á proponer á la Comision un candidato, á nuestro amigo *Peyo*, que es hombre de lenguas, de vasta ilustracion y de excelente memoria.

No le encontramos otro pero que su extraordinaria fantasía. Esta es tal, que podría darse el caso de que, puesto un día en la necesidad de explicar á un forastero la historia de un catalan ilustre de los de la Galería, la de Berenguer el Grande, por ejemplo, dijera el imaginativo Gener con su proverbial aplomo:

—¿Berenguer?... ¡Ah, sí!... Fue gran amigo mío y uno de mis más entusiastas admiradores.... Recuerdo que una vez hicimos juntos un viaje por toda Europa y

el pobre hombre volvió á Barcelona asombrado de los homenajes que se me habian hecho en todas las Academias. Cuando murió Berenguer publiqué su necrología en dos periódicos franceses, dos ingleses, tres alemanes y cuatro rusos; en una Academia turca pronuncié un buen discurso elogiándole. Pero el pobre tuvo desgracia, pues es el único español que habiendo hablado conmigo se ha ido al otro mundo sin haberme oído hablar de mis triunfos en la Academia Francesa.

No habrá que decir la excelente impresion que los forasteros sacarían de nuestra cultura viendo que aquí nos sirven de *cicerones* los genios.

Conque, ¿votamos á *Peyo*?

Hablando de este mismo asunto hace pocos días defendía un periódico el sistema *proteccionista* de ilustres venidos á menos que ahora impera en el Municipio y, luego de calificar al Ayuntamiento de *Refugio municipal*, escribía:

“Con cuánta razon decía un regidor no hace muchos días, mientras se estaba discutiendo un asunto que guardaba cierta analogía con el de *cicerone*:

—¡Qué porvenir nos espera! ¡Quién sabe si para alguno de nosotros el Salon de Ciento será la antea-sala del fielato!,”

No lo sabemos; pero nada de particular tendría que así fuera. ¿Y por qué no?

No siempre ha de ser el fielato la antesala del Salon de Ciento.

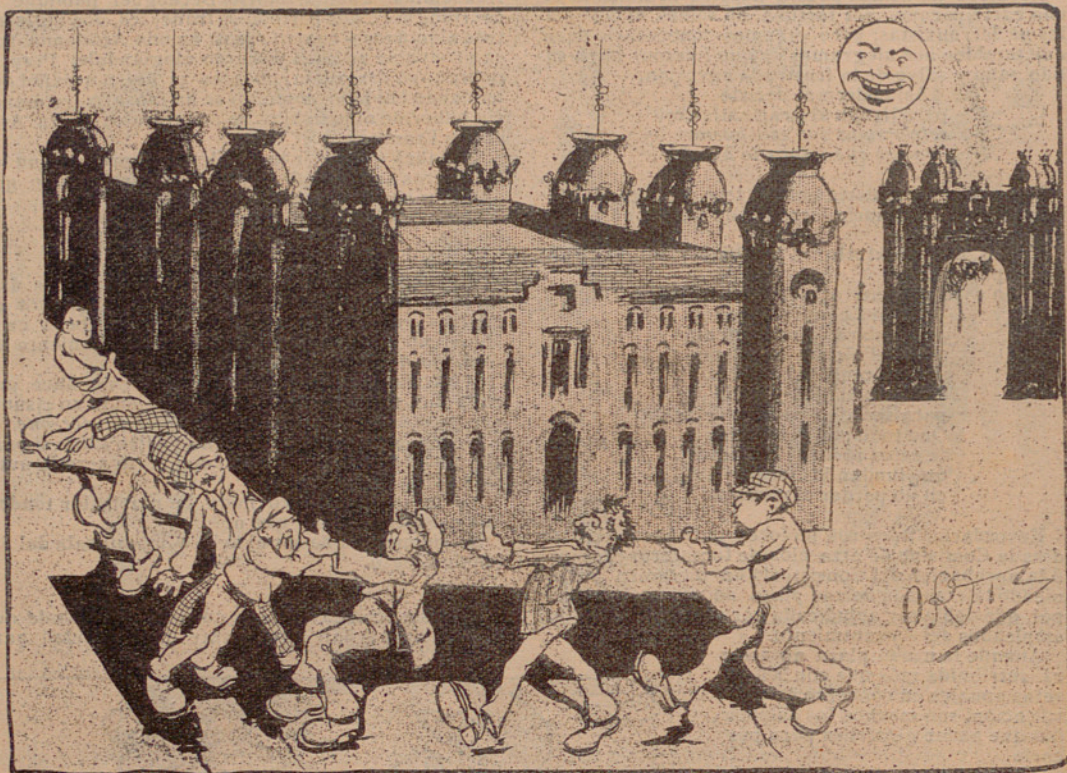
El mismo colega defiende con calor la idea de que el Municipio señale anualmente una cantidad para



Juego nuevo y singular que unos cuantos concejales

tienen para reanimar las sesiones estivales.

Un colmo



¡Cómo estará en España
la policía
que roban el Palacio
de la Justicia!

que los concejales hagan viajes por el extranjero á costa de la ciudad.

“De este modo—dice—se instruirían y su instrucción puede ser beneficiosa para Barcelona.

Coincidimos con nuestro compañero al opinar que los concejales no deben ser analfabetos; pero así como él cree que primero debe aspirar al cargo y luego á la ilustración, creemos nosotros que deben hacerse las cosas al revés.

Es decir, que los que tengan la pretension de ser concejales deben comenzar por hacer los estudios que tengan por necesarios para no hacer en el Consistorio un papel ridiculo.

Y creemos inútil agregar que la ilustracion han de adquirirla con su dinero.

Todos los periódicos han publicado el siguiente telegrama de Benicarló:

“En las fiestas celebradas en esta poblacion, el toro que llaman callejero tropezó con un aficionado en una de las calles más céntricas, olteándolo repetidas veces.

El pobre hombre murió á los pocos minutos á consecuencia de una terrible cornada en el estómago.”

Estas noticias no debieran publicarse, porque si las leen los cabileños pueden caer en la tentacion de venir á civilizarnos.

Por ahí se dice que *Memento*, por no ser menos que Tressols, ha escrito una Memoria sobre el terrorismo.

Sí, como se dice, *Memento* detalla en su Memoria

todos los servicios por él prestados desde que tuvieron el mal acierto de hacerle policía, será cosa de gusto leer el manuscrito del fracasado autor de *Joaquina*.

En cada página deben figurar—si es que el autor es sincero y veraz—tres suculentos almuerzos y cuatro opiparas comidas.

Nosotros siempre que hemos visto á *Memento* de servicio le hemos sorprendido comiendo.

De aquí deducimos que su Memoria, más que tal Memoria, debe parecer un *menu* interminable.

¡Malo, malo, malo!

El señor Reparaz ha publicado en el *Diario de Barcelona* un plan completo de invasion armada de Marruecos, señalando punto por punto el camino que han de recorrer las fuerzas franco-españolas que deben hacer la invasion.

El señor Reparaz cree la cosa fácil, y para animar nos con elocuentes ejemplos nos cita á Suetonio Paulino, Julio Materno, Cornelio Balbo, Séptimo Flaco y otros generales romanos de quienes el belicoso periodista habla como si los hubiera tratado con intimidad.

Al leer el artículo de Reparaz hemos temblado pensando que si no estuviera ya desacreditado como estrategia, éramos muy capaces de irnos á Marruecos á hacer de ríacos ó de Cornelios.

Pero ya la gente no se deja entusiasmar tan fácilmente, y cuando se trata de guerrear nos sentimos todos Reparaces; creemos que conviene batallar y nos quedamos en casa.



* QUEBRADEROS DE CABEZA *

Rompecabezas con premio de libros



Estos chicleos buscan cuatro grillos que habían cogido y se les han escapado ¿Dónde están?

CHARADAS

Una vocal mi *primera*,
dos es nota musical,
tiempo verbal *tercia cuarta*
y una planta es el *total*.

Dos *prima* tiene todo árbol,
segunda y *tercia* animal,
y mi *todo* una batalla
que se dió en la antigüedad.

COMBINACION

Animal. 4 letras.
Forma verbal. 2 "
Nota musical. 2 "

Total 8 letras con las cuales se formará el nombre de un general espartano.

LETRA NUMÉRICA

- 1 2 3 4 5 6 7 8 9 —Flor.
- 7 2 3 3 5 3 8 9 —Forma verbal.
- 7 2 6 —Preposicion.
- 9 6 9 —Nombre personal.
- 4 8 9 —Parentesco.
- 7 9 6 —Animal.
- 3 2 6 —Licor.
- 2 7 2 —Animal.
- 2 8 3 —Verbo.
- 7 2 6 4 5 6 5 7 —Verbo.
- 1 2 3 4 5 6 7 8 9 —Nombre de mujer.

FUGA DE CONSONANTES

.i e .o..e .ua..o .e e..a.a
.e.e .e.a. u.a .e:
.ua..o .a a.a .ue..a .o.
y .ua..o .e .a.a .e.

AGERTIJO

¿Qué hay entre cielo y tierra?

ANAGRAMA

Una *todo* de agua hirviendo
de un *todo* cayó en el lomo,
dió un salto, sacó las uñas
y clavólas en mi *todo*.

JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS

(De Francisco Pineda Roa)

Toro A negacion

(De M. Colomé)

Animal verbal nota

SOLUCIONES

(Correspondientes á los quebraderos de cabeza del 17 de Agosto)

AL ROMPECABEZAS CON PREMIO DE LIBROS

Autonomía - República - Solidaridad

AL ACRÓSTICO

A I D A
M E F I S T Ó F E L E
O T E L L O
H U G O N O T E S
F A V O R I T A
A F R I C A N A
L O H E N G R I N

A LAS CHARADAS

Margarita
Restablecido

AL PROBLEMA ARITMÉTICO

3,051
3,069
340
27,540
34,000

A LOS JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS

Adormilado
Miedo

Han remitido soluciones.—Al rompecabezas con premio de libros: Luisa Aguadé, Francisco Arderiu, A. Monclús, F. Masjuan Prats, Manuel Colomé, Andrés Pujol, José Salayet, C. Capellá, Manuel Cabañas, Jaime Roca, Pablo Maura, J. Capdevilla, Juan Rodó, Manuel Cáceres, José Elías, José Pallarés, Francisco Pineda, E. Perbellini, Narciso Perbellini, F. Donada, J. Argelich, Francisco Balaguer, Ramon Argelich, Manuel Roca Castro, Juan Elías, Emilio Palejá, Pedro Llorens y «Un solidario». Entre dichos señores se distribuirán los cien cupones canjeables por libros.

Al acróstico: «Una catalana», José Pallarés, Narciso Perbellini, Pedro Llorens y «Un solidario».

A la charada primera: «Una catalana», José Pallarés, Emilio Palejá, Pedro Llorens y Narciso Perbellini.

A la segunda charada: «Una catalana», Emilio Palejá y Narciso Perbellini.

Al problema aritmético: F. Masjuan Prats, Antonio Zanini, «Una catalana», A. Grau y «Un solidario».

Al segundo jeroglífico: «Una catalana», José Pallarés, Emilio Palejá y Narciso Perbellini.



LA VUELTA DEL AMO